

EL DIARIO DE COLÓN. ASPECTOS COMUNICATIVOS Y LINGÜÍSTICOS DEL PRIMER CONTACTO ENTRE EUROPEOS Y AMERICANOS

MARÍA ÁNGELES SOLER ARECHALDE

Introducción

La lectura del *Diario de a bordo*, escrito por Cristóbal Colón¹ durante su primer viaje a nuestras tierras, resulta lingüísticamente muy interesante desde diferentes puntos de vista.

En primer lugar porque este texto, redactado originalmente en español, refleja, según afirmación del padre Las Casas —uno de sus más importantes comentaristas—, a un autor “natural de otra lengua, porque no penetra del todo la significación de los vocablos de la lengua castellana ni del modo de hablar de ella”.² En efecto, según coinciden en señalar varios estudiosos del asunto, Colón era hablante nativo del genovés, un dialecto sin escritura; durante su estancia en Portugal aprendió a hablar —mas no a escribir— el portugués; posteriormente aprendió el español ¿en el mismo Portugal o ya en España?³ y fue ésta la “primera lengua moderna que Colón supo escribir” (Menéndez Pidal, p. 27). Todo ello provoca que tanto en el *Diario* como en los otros documentos atribuidos al Almirante se encuentren “rarezas” ortográficas, morfológicas, sintácticas y léxicas.⁴

En segundo lugar, porque la versión que conocemos del *Diario* no es la original, que se supone Colón entregó a los Reyes Católicos en

¹ Empleo la edición de Luis Arranz, *Historia 16*, Madrid, 1985. Anoto, a continuación de cada cita, la fecha que le corresponde en el *Diario*.

² Citado por R. Menéndez Pidal en *La lengua de Cristóbal Colón y otros ensayos*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1942, p. 11.

³ Menéndez Pidal sostiene que fue en Portugal, véase *op. cit.*, p. 27; Consuelo Varela, por el contrario, opina que lo aprendió en España (“Introducción” en Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. xxiv-xxv).

⁴ Véanse Menéndez Pidal, *op. cit.*; Varela, “Introducción” y José G. Moreno de Alba, “Observaciones lingüísticas al *Diario de Colón*”, *Universidad de México*, agosto de 1992, p. 51-55.

Barcelona,⁵ sino una transcripción hecha por el padre Las Casas de dicho documento o de una copia del mismo. De aquí el interés por determinar lo que son palabras textuales de Colón y lo que correspondería a fray Bartolomé. Los editores suelen marcar con distinto tipo de letra los fragmentos que se supone fueron transcritos sin modificación (por ejemplo, los párrafos donde se respeta la primera persona del narrador o aquellos en que Las Casas indica “estas son palabras del Almirante”). Parece ser que incluso las partes que no corresponden a estos fragmentos se apegan bastante al texto original, como sostiene J. Moreno de Alba: “la confiabilidad del documento puede demostrarse no sólo por la precisión de los términos marineros que ahí aparecen en abundancia, sino también por rasgos de carácter enteramente lingüístico, tanto gramaticales cuanto de vocabulario y redacción” (art. cit., p. 55).

En tercer lugar, porque el *Diario* es el primer documento en que podemos estudiar la forma como se iniciaron los contactos entre europeos y americanos, poseedores de lenguas, costumbres y visiones del mundo radicalmente distintas. Nos asaltan preguntas tales como ¿de qué manera se comunicaron?, ¿qué recursos emplearon?, ¿pudieron entenderse?, ¿hasta qué punto se logró una comunicación eficaz? Además, el *Diario* es también la primera fuente para investigar los procedimientos lingüísticos empleados en la descripción de una nueva realidad —totalmente desconocida por los europeos hasta entonces— para que los que no la habían visto pudieran imaginarse como era.

Nuestra intención aquí es presentar los detalles que sobre este último punto hemos podido entresacar del *Diario*, o sea, revisar los procedimientos comunicativos de los primeros contactos y los recursos empleados para nombrar la nueva realidad.

Comunicación verbal y extraverbal

Se ha mencionado infinidad de ocasiones que en su primer viaje a nuestro continente acompañaban al Almirante dos intérpretes que supuestamente entrarían en contacto con los habitantes de los lugares que fueran tocando.⁶ Ellos eran Rodrigo de Jerez, que había estado en Guinea, y Luis de Torres, judío converso que conocía hebreo, caldeo y

⁵ A ellos dirige Colón el *Diario* como se señala en el Prólogo “Porque, cristianísimos y muy altos y muy excelentes y muy poderosos príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar. Nuestros Señores” (ed. cit., p. 71).

⁶ Se les menciona en el *Diario*, el día 2 de noviembre.

algo de árabe (recordemos que Colón pretendía llegar a Oriente por Occidente).

¿Qué sucedió la madrugada del 12 de octubre de 1492, al desembarcar Colón y sus hombres en Guanahaní? El *Diario* indica que “se juntó mucha gente de la Isla”; es de suponer que tanto unos como otros se quedarían atónitos, contemplándose, y que muy pronto los intérpretes se deben haber percatado de que sus conocimientos lingüísticos eran inútiles (desde luego, nada de esto se menciona). Las cosas así, la primera forma de acercamiento tuvo que darse por otro medio, el intercambio de obsequios:

Yo [...] porque nos tuviesen mucha amistad [...] les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros, que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas [...] y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. (12 de octubre).

Podemos observar que la finalidad de estos obsequios era mostrar buenas intenciones, amistad, buena voluntad. Este comportamiento se va a convertir en una constante en el *Diario*, aunque su finalidad no va a ser siempre la misma. En muchos casos el trueque va a realizarse para obtener productos vitales como agua o alimentos⁷ y también para “rescatar” el preciado oro, del que se hace mención prácticamente en todas las páginas del texto. Hay una ocasión en que el intercambio toma la forma de una ceremonia muy significativa, de una gran trascendencia, pues a través de ella se establece un pacto entre dos autoridades: el Almirante y Guacanagarí, el cacique amigo en cuyos dominios se establecería la primera fundación española en América, el Fuerte de la Navidad:

Guacanagari [...] se quitó la corona de la cabeza y se la puso al Almirante, y el Almirante se quitó del pescuezo un collar de buenos alaqueques y cuentas muy hermosas de muy lindos colores, que parecía muy bien en toda parte, y se lo puso a él, y se desnudó un capuz de fina grana, que aquel día se había vestido, y se lo vistió, y envió por unos borceguíes de color que le hizo calzar, y le puso en el dedo un grande anillo de plata (30 de diciembre).

⁷ Véanse ejemplos los días 14 y 21 de octubre.

Paralelo al intercambio de regalos tenemos otro procedimiento: el uso de gestos, señas, ademanes.⁸ Colón emplea a cada momento construcciones del tipo “decir por señas”, “entender o dar a entender por las señas”. También es el 12 de octubre cuando se mencionan por primera vez; el 24 del mismo mes insiste en que toda la comunicación es “por señas que me hicieron todos los indios [...] porque por lengua no los entiendo”.

En algunas ocasiones se explica en qué consistían estos gestos, por ejemplo: “Los habían recibido con gran solemnidad, según su costumbre . . . los tocaban y los besaban las manos y los pies maravillándose y creyendo que venían del Cielo (6 de nov.)”; “les ponían las manos sobre la cabeza, que era señal de gran reverencia y amistad” (13 de dic.); “se asentaron todos en señal de paz” (17 de dic.). Pero en la mayoría de los casos sólo nos podemos imaginar cómo fueron las señas; por medio de ellas los isleños le indican lugares, tiempos, distancias, tamaños; afirman o niegan determinados aspectos, preguntan y responden a preguntas, explican motivos, etcétera: “Dijeron por señas que antes de tres días vendrían muchos mercaderes” (10. de nov.); “le dicen por señas que hay diez ríos grandes y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días” (28 de oct.) “por las señas que daban, que estaba de allí cuatro jornadas” (10. de nov.).

Realmente sorprende el número de pasajes en que Colón afirma con gran seguridad conceptos que ha entendido interpretando señas, en contraposición con otros pasajes donde se queja amargamente de no entender prácticamente nada:

no sé la lengua, y la gente de estas tierras no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga a ellos; y estos indios que yo traigo, muchas veces les entiendo una cosa por otra al contrario; ni me fío mucho de ellos, porque muchas veces han probado a huir (27 de nov.).

Lo que sucede en muchas ocasiones es que el Almirante interpreta lo que quiere o lo que le conviene entender, aunque ello no tenga nada que ver con la realidad.

No siempre las señas son de beneplácito o de bienvenida; el 27 de noviembre vemos como unos “indios hicieron ademanes de no los dejar

⁸ Sobre este aspecto, véanse Ángel Rosenblat, “La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492” en *Los conquistadores y su lengua*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977 y Emma Martinell Gifre, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y la conquista*, CSIC, Madrid, 1988.

saltar en tierra y resistirlos”. Incluso hay veces en que la mala interpretación de los gestos se transforma en un peligro; así, el 3 de diciembre sucede lo siguiente:

Uno de ellos se adelantó [...] e hizo una grande plática que el Almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo aseguraban y que les placía de su venida, pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, [...] diciendo por señas que el Almirante se fuese del río, que les querían matar.

De lo mencionado hasta aquí, podemos deducir que era enorme la necesidad de alcanzar una comunicación mejor —desde luego por medio de la lengua— bien haciendo que algunos habitantes de las islas aprendieran el español, bien que algunos de los hombres de Colón hicieran lo propio con la lengua indígena, para que unos u otros pudieran funcionar como intérpretes. Esta preocupación se manifiesta en el *Diario* desde el primer contacto. Así, el 12 de octubre, después de hacer una larga descripción de los habitantes de Guanahaní, tanto de su aspecto físico como de sus actitudes, concluye Colón: “llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar” (me pregunto si serían mudos); al continuar viaje el 14 de octubre, efectivamente toma por la fuerza a siete (no seis) personas “para les llevar [a los Reyes Católicos] y aprender nuestra habla y volverlos”. De aquí en adelante, en cada punto que toca va llevándose consigo a algunos habitantes del lugar para que aprendan el español y le puedan servir de intérpretes:

fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los reyes porque aprendan nuestra lengua, para saber lo que hay en la tierra y porque volviendo sean lenguas de los cristianos (12 de noviembre).

A cada paso se menciona a estas personas en el *Diario*. El 29 de octubre ya emplea a una para comunicarse con los isleños “envió [...] a una de ellas, un indio de los que traían, porque ya los entendían algo”. Con cada desembarco manda estos intérpretes para tranquilizar a los que están en tierra “Aseguróles el indio que llevaba consigo de los que traía que no hubiesen miedo” (3 de diciembre). Como ya hemos mencionado antes, a pesar de todas las dificultades y a pesar de que Colón se queja en ocasiones de que tampoco sus intérpretes indios

funcionan, tenemos el caso del que les salva la vida a él y sus acompañantes por entender lo que ellos malentienden.

Al mismo tiempo, y gracias a la convivencia en las naves, algunos españoles aprenden un poco de la lengua de los cautivos. Para el 27 de noviembre se nos señala que “salieron tres cristianos diciendo que no hubiesen miedo en su lengua, porque sabían algo de ella, por la conversación de los que traen consigo”.

Desde bien pronto Colón muestra intenciones de que el idioma de las islas se estudie porque “sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos” (6 de nov.). Mantiene esta idea y así, en su segundo viaje, le acompaña fray Ramón Pané que, por encargo suyo, convive con los habitantes de una región de La Española por varios años, aprende su lengua y escribe una Relación que es la única fuente directa sobre las costumbres y mitos de los antiguos pueblos antillanos, en especial de los taínos.⁹ Pané es el iniciador de una labor continuada por muchos otros durante el periodo colonial americano: ante los múltiples motivos que entorpecían la política castellanizadora, los frailes se dedicaron a estudiar, aprender y hacer la descripción de un buen número de lenguas indígenas para emplearlas como vehículo de la cristianización.

También se percibe el importante papel de la mujer como transmisora del idioma; entre los cautivos del Almirante hay algunas mujeres y señala: “también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua” (12 de nov.). Piensa que él mismo la podrá dominar: “esperaba en Nuestro Señor que los indios que traía sabrán su lengua y él la suya” (6 de dic.) y se propone hacerla aprender a los suyos: “haré enseñar esta lengua a personas de mi casa, porque veo que es toda lengua una hasta aquí” (*id.*). “Hasta aquí” quiere decir las Lucayas, Cuba y parte de La Española; en esta última va a empezar a encontrar variantes considerables, que agudizan sus problemas comunicativos:

Primero que los entendiese, pasó alguna parte del día; ni los indios que él traía los entendían bien, porque tienen alguna diversidad de vocablos en nombres de las cosas (22 de dic.).

Al final del *Diario* y en sus otros viajes tomará conciencia de la variedad de las lenguas americanas.¹⁰ El 13 de enero, en la región más

⁹ Fray Ramón Pané, *Relación acerca de las Antigüedades de los Indios: el primer tratado escrito en América*, ed. de J. J. Arram, Siglo XXI, México, 1974.

¹⁰ Véase A. Rosenblat, art. cit., p. 95: “En la costa de América Central descubre —¡ingrata sorpresa!— que los nuevos pueblos tienen cada uno su lengua y «no se entienden los unos con los otros más que nos con los de Arabia»”.

oriental de La Española, maravillado de la extensión de la isla, y ya próximo a emprender la vuelta señala que “hallaba diferencia de lenguas por la gran distancia de las tierras”.

Como parte de los procesos de intercambio de regalos y comunicación por medio de señas, así como a causa de la convivencia en las naves, empiezan a aparecer en el español colombino las primeras palabras indígenas, nombres de lugares y de cosas. Con ello en mente, pasamos al otro punto que nos interesa comentar, el de los recursos empleados para nombrar la nueva realidad.

Los nombres de las cosas

Al escribir su *Diario*, Colón se enfrentó al tremendo problema de explicar y nombrar lo nuevo, ya que los destinatarios del texto desconocían por completo la realidad americana. Para ello, echó mano de lo conocido previamente: Europa, África y el mundo imaginario de los mitos occidentales y de sus lecturas;¹¹ éste último le llevará a hablarnos de monstruos con un sólo ojo, hombres con cara de perro, amazonas, sirenas, cuya existencia en absoluto pone en duda: “vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan” (9 de enero de 1493). ¡Cómo que eran manaties! Ese trasfondo literario será causa de interpretaciones descabelladas como la siguiente:

Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino, y tendrá navíos y vendrán a cautivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido. Cada día entendemos más a estos indios y ellos a nosotros, puestos que muchas veces hayan entendido uno por otro” dice el Almirante (11 de diciembre).

Colón cada día estaba más convencido de haber llegado al Oriente, a las Indias; por ello, mientras que los primeros días se refiere a los isleños como *hombres, gente, personas*, a partir del 17 de octubre son *indios*: “todos estos *indios* que traigo” y ya no los va a llamar de otra manera; este nombre, producto del equívoco, permanecerá hasta nuestros días.

El primer procedimiento empleado por el Almirante para explicar lo que va observando es la comparación con el mundo conocido. El 16 de septiembre, diez días después de haber abandonado las Canarias

¹¹ Véase Consuelo Varela, “Introducción”, p. xi.

y sorprendido ante la bondad del clima, señala: “era el tiempo como por abril en Andalucía”. Comentarios similares serán la constante durante el trayecto a través de la Mar Océana. Ya en tierra, le sorprende que en octubre todo sea verdor y clima cálido: “árboles [...] tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y mayo” (14 de oct.), “las noches tan temperadas como en mayo en España en el Andalucía” (23 de oct.). A la isla de Haití la llama La Española precisamente basado en una serie de similitudes:

todo a semejanza de Castilla [...] lenguados y otros peces como los de Castilla [...] oyó cantar el ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla (7 de dic.) llovió e hizo tiempo de invierno como en Castilla por octubre [...] cuasi semejables a las tierras de Castilla [...] por lo cual puso nombre a la dicha isla la Isla Española (9 de dic.).

Pero no se limita a comparar lo nuevo con tierras hispanas; así, el 28 de octubre describe una zona de la isla de Cuba donde “toda la tierra es alta de la manera de Sicilia”. En ocasiones no intenta equiparar sino marcar diferencias: “en estas islas abundan aguas buenas y sanas, y no como los ríos de Guinea, que son todos pestilencia” (27 de nov.).

A su paso por las diferentes islas va dando nombre a cada lugar: cabo, monte, playa, etcétera, como parte del ritual de tomar posesión de la tierra, a pesar de que todo ya tenía un nombre. A Guanahaní la llama San Salvador, a Saomete Isabela, a Cuba isla Juana y a la que según él sus habitantes llamaban Bohío,¹² La Española.

Describe lo que ve en cada lugar. En un principio, emplea nombres genéricos como *árboles*, *peces*, *frutas*, *hierbas*, *casas*; más adelante usa estos términos pero con una explicación de lo que los caracteriza:

halló un perro que nunca ladró (26 de oct.) [los izcuintles].
mujeres y hombres, con un tizón en la mano, hierbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban (6 de nov.) [los cigarros, el tabaco].
las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura (*id.*) [las enaguas].
ratones grandes de los de la India (17 de nov.) [la hutía, un roedor antillano].

Otro procedimiento es el de utilizar arabismos, africanismos y otros vocablos que supongo que en aquella época tenían un tinte exótico

¹² Las Casas señala en nota que Colón no debió entender, pues *bohío* significa ‘casa’ en taíno; el nombre de la isla era Haití.

—hasta la fecha algunos lo conservan— para acentuar las diferencias entre este mundo y Europa. A las aves de plumaje colorido las llama *papagayos*,¹³ a las embarcaciones nativas *almadías*,¹⁴ a las casas *alfaneques*,¹⁵ al cereal que siembran *panizo*,¹⁶ a unas raíces “como zanahorias” *mames*, *ñames* o *niames*,¹⁷ a los cacahuates *gonza avellanada*.¹⁸

Poco a poco, algunas palabras indígenas empiezan a entenderse y se empiezan a utilizar para nombrar a los referentes que les corresponden. Las primeras son topónimos como *Guanahani*, *Cibao*, *Caribata*, *Macorix*, *Corvay*, *Guarionex*, *Yamayé*. Otras, sustantivos comunes en general. En un principio se usan tímidamente, dando un sinónimo o una explicación de su significado; después, aparecen solas, totalmente integradas al vocabulario de la lengua española. Este proceso se puede observar en el *Diario*; por ejemplo, las embarcaciones indígenas el 13 de octubre son

almadías, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedazo y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes [...] y otras más pequeñas [...] Remavan con una pala como de fornero.

El 26 de octubre aparece la palabra indígena

con sus *almadías*, que son navetas de un madero a donde no llevan vela. Estas son las *canoas*.

Para el 3 de diciembre, el término de apoyo ya no hace falta

debajo de ella había otra *canoa* hecha de un madero.

¹³ Corominas, en el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, indica que su origen es incierto y que tal vez provenga del árabe *babbaga'*; la primera documentación en español data del *Calila e Dimna* de 1251.

¹⁴ Almadía 'balsa', del árabe má'diya; Corominas señala como primera documentación en nuestra lengua precisamente el *Diario* de Colón.

¹⁵ Alfaneque 'recinto de tela que rodeaba las tiendas de los sultanes de Marruecos', del bereber 'afarág 'recinto'; primera documentación en español: segunda mitad del siglo XII (Corominas, *DCELC*).

¹⁶ Del latín tardío *panicium*, gramínea originaria de Oriente.

¹⁷ Corominas indica que el nombre de esta planta “parece proceder del África, pero es incierto si es palabra hereditaria africana o expresión onomatopéyica, creada en los primeros contactos entre portugueses y bantúes”. En español, la primera documentación se da en el texto colombino.

¹⁸ Portuguesismo por *juncia*, nombre de una planta herbácea con fruto de granos secos (véase C. Varela, “Introducción”).

Hemos de señalar que *canoa* fue la primera de origen americano que pasó a nuestra lengua, pues en el *Dictionarium ex hispaniensi in latinum sermonem* de Antonio de Nebrija (1495) ya se consigna.¹⁹

La palabra *cacique* se puede rastrear de manera parecida. En un principio se usa *rey*

adonde dicen estos hombres que yo traigo, que está el rey y que trae mucho oro (19 de octubre).

El 17 de diciembre aparece *cacique* como 'gobernador'.

Vieron a uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia, que llamaban *cacique*;

el 18 asegura que significa 'rey'

allí supo el Almirante que al rey llamaban en su lengua *cacique*;

El 23 se plantea la duda ¿es gobernador o es rey?

fueronse adelante a hacer saber al *cacique*, que ellos llamaban allí. Hasta entonces no había podido entender el Almirante si lo dicen por Rey o por Gobernador.

Desde luego, le resulta más difícil determinar el significado de un término relativamente abstracto, designador de un rol de poder dentro de la comunidad, que el de palabras que nombran objetos tangibles como *canoa*, *aji* o *hamaca*.

El mismo 23 de diciembre aparece otro indigenismo, relacionado con *cacique* "También dicen otro nombre por grande, que llaman Ni-tayno; ²⁰ no sabía si lo decían por hidalgo o por gobernador o juez".

El concepto para el que se menciona un mayor número de variantes indígenas es ORO. Una aparece el 1o. de noviembre "salvo oro, que ellos llaman *nucay*". Otras se presentan el 13 de enero, con lo que se muestra que la lengua de las islas no es una, o por lo menos no es tan uniforme como Colón pensaba

¹⁹ Dice Nebrija: *canoa*, nave de un madero, *monoxilum* (en Corominas, *DCELC*).

²⁰ Las Casas anota al margen "era principal y señor después del rey" (véase *Diario*, nota 142). Para J. J. Arrom es equivalente de 'noble': *ni* = 'su', *tai* = 'noble', no 'plural masculino' ("La lengua de los taínos: aportes lingüísticos al conocimiento de su cosmovisión" en *La cultura taína*, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Turner, Madrid, 1989, p. 53-64.

[un hombre] Llamaba al oro *tuob* y no entendía por *caona*, como le llaman en la primera parte de la isla, ni por *nocay*, como le nombraban en San Salvador y en las otras islas. Al alambre o a un oro bajo llaman en la Española *tuob*.

La última aparece el 13 de enero de 1493: "la isla de Goanin, a donde hay mucho *tuob*"; aquí, una vez más, Colón se confunde: *guanín* es 'oro de baja ley', 'una aleación', 'joya de ese metal', y no el nombre de una isla (*Diario*, nota 182).

Aparentemente *caníbal* y *caribe* se usaban como variantes dialectales "en algunas le llamaban Caniba, pero en la Española Carib" (13 de ene., 1493). En la actualidad tienen diferente significado; *caníbal* remite al que come carne de individuos de su misma especie y *caribe* nombra una región y a los originarios de ella.

Los otros indigenismos antillanos introducidos en el primer viaje son:

aje "niames a que ellos llaman ajes" (21 de dic.). Corominas indica que a partir del siglo XVII es forma anticuada.

ají "hay mucho ají, que es su pimienta [...] y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana (15 de enero, 1493).

bohío "otra tierra o cabo [...] a quien aquellos indios que llevaba llamaban Bohío" (23 de noviembre). Las Casas indica que *bohío* es 'casa' y que hay un malentendido por parte de Colón (véase arriba, nota 12).

cazabi "de su pan que llamaban cazabi" (26 de dic.)

hamaca "cosas de algodón hilado y redes en que dormían, que son hamacas" (3 de nov.)

tiburón "Mataron los marineros una tonina y un tiburón" (25 de ene., 1493).

Todos los indigenismos aparecen en la parte "no textual" del *Diario* y por lo tanto se podrían atribuir a Las Casas. Moreno de Alba señala que si "se considera la fidelidad de la transcripción lascasiana" se puede pensar "que tales voces fueron escritas por el propio Descubridor" (art. cit., p. 54). A estos argumentos se podrían agregar otros pues, por la forma en que la mayoría de estas palabras es introducida en el texto, discutiendo su significado, dando términos afines, comentando que el Almirante no acertaba a determinar si una palabra significaba tal o cual cosa, difícilmente se podría concluir que las agregó fray Bartolomé; además, tres años después del viaje, la palabra *canoa* ya está incluida en un diccionario (véase arriba, nota 19) y Las Casas todavía no viajaba a América por esas fechas.

Tal vez la única palabra dudosa sería *tiburón* porque sólo aparece una vez y no hay una explicación —como es costumbre hacerlo en el *Diario*— de su significado.²¹

En realidad estos indigenismos no son más que unos cuantos. En los viajes sucesivos su número se fue ampliando, se fueron integrando a los textos y al español e incluso algunos han pasado a formar parte del inventario léxico de otros idiomas.²² En conjunto, se han convertido en el testimonio vivo de un pueblo y una lengua infortunadamente desaparecidos.

José Juan Arrom —con sus palabras quiero concluir mis comentarios— resume así la labor lingüística iniciada por el Almirante en su *Diario*:

entendiendo cada vez más el habla dulce “y mansa y siempre con risa” de los tainos, Colón resuelve el problema de expresar en una lengua europea los rasgos inmanentes de la realidad americana. Mediante esos procedimientos sienta las bases de un idioma más extenso y preciso, con sonoridades autóctonas, con algo de perfume a flor, el sabor a fruta y el frescor de los árboles cuyos nombres tanto había deseado conocer. Y a esa lengua, enriquecida y elaborada artísticamente a lo largo de (casi) cinco siglos, es a la que hoy llamamos el español de América.²³

²¹ Véase Moreno de Alba, art. cit., p. 54, n. 18. Corominas la señala como de origen incierto, la atribuye al tupí y da como primera documentación 1519.

²² *Canoa*, en italiano *canoa*, *canotto*; en francés *canot* y *canoe*; en inglés *canoe*, *canoa*; en alemán *kanú*.

Hamaca, en it. *amaca*; en fr. *hamac*, en ing. *hammock*.

Canibal, en fr. *cannibale*, en ing. *cannibal*.

²³ J. J. Arrom, *Imaginación del nuevo mundo*, México, Siglo XXI, 1991, p. 30.